



## Reseña bibliográfica

*Libro: Yo, Julia*, de Santiago Posteguillo

Rosario López Gregoris<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Universidad Autónoma de Madrid.

### REFERENCIA

**Título:** Yo, Julia

**Autora:** Santiago Posteguillo

**Año:** 2018

**Ciudad:** Madrid

**Editorial:** Planeta

**ISBN:** 978-84-08-19740-9

**Páginas:** 704 pp.

**Precio:** 22,90 € en versión impresa / 6,99 € en versión e-book



### RESEÑA

*Yo, Julia* es una novela histórica, del estilo al que nos tiene habituados su autor, Santiago Posteguillo, de prosa abundante y fluida, centrada, en este caso, en la figura de Julia Domna, esposa de Septimio Severo, emperador entre los años 193 y 211. Fue impulsora de la ascensión al poder de su marido y una de las mujeres más influyentes, políticamente hablando, de la larga historia de Roma. De origen sirio (Emesa, 160), miembro de una influyente familia de sacerdotes de El-Gabal, Julia Domna formó junto a Septimio Severo (nacido en la ciudad africana de Leptis Magna, 146) un matrimonio exitoso que logró el poder imperial, tras una serie de guerras civiles, e inauguró la dinastía Severa, la primera dinastía no itálica, sino provincial, signo inequívoco de la decadencia del poder senatorial.

El libro recrea estos años de enfrentamiento civil y desarrolla el papel fundamental que desempeñó Julia Domna en las decisiones que llevaron al poder absoluto a su marido; de ahí el título, en clara alusión a la conocida obra de Robert Graves, *Yo, Claudio*. Asiste, pues, el lector al repaso de los últimos y peligrosos años del emperador Cómodo, al triste final del emperador Pértinax, candidato senatorial, al que la guardia pretoriana no le dio tiempo a aplicar una política de equilibrios que condujera a desactivar las tensiones entre los gobernadores de las provincias más poderosas, al breve mandato de Didio Juliano y al enfrentamiento fratricida con los gobernadores Pescenio Nigro, en Siria, y Clodio Albino, gobernador de Britania, derrotado en Lyon. Por tanto, son los aspectos militares y tácticos los que se desarrollan con más extensión, hasta el punto de que las batallas constituyen una importante sección de la narración. Este relato bélico a veces resulta demasiado largo y tedioso para un lector medio, incluso aunque en las batallas (especialmente en los enfrentamientos decisivos de Issus y Lugdunum, ilustrados con unos mapas finales, para una mejor comprensión de los movimientos tácticos de las tropas) el autor se haya empleado a fondo para describir estrategias claves en el devenir de la historia.

Más allá de la cuestión militar, la ficción histórica se sustenta en el carácter de los protagonistas que se suceden en el poder y en el modo en que Julia Domna va imponiendo su parecer en la política militar de Septimio Severo, al que acompañó en todas sus campañas y por ello recibió el título de *mater castrorum*. La clave de su éxito, según Posteguillo, se basa en la pasión que mantenía unido al matrimonio, a pesar de algunos desacuerdos, pasión que Julia Domna alimenta por medio de su belleza, atractivo sexual e inteligencia. Para explicar este sentimiento que hace tan poderoso al matrimonio, el autor regala al lector uno de los momentos más interesantes de la narración, al repasar en detalle todos los matrimonios imperiales, desde el de Augusto y Livia, hasta el de Albino y Salinátrix, en boca de un personaje secundario muy logrado, el anciano senador Claudio Pompeyano, que sobrevivió a tiempos tan convulsos al renunciar hasta tres veces al poder imperial. Este senador concluye, después de señalar los desequilibrios de los otros matrimonios, que la diferencia de la unión de Julia Domna y Septimio Severo es la pasión que la primera despierta en el

segundo, y la confianza y la fortaleza que ella consigue transmitirle.

Precisamente uno de los atractivos del relato consiste en que el retrato de los personajes secundarios es más creíble y está más matizado que el de los protagonistas; de hecho, cuesta creer que Pescenio Nigro fuera solo un cobarde, Claudio Albino un calculador, su esposa Salinátrix, una intrigante elitista, Didio Juliano, un miserable segundón, Septimio Severo, un militar ambicioso y cruel, o la propia Julia Domna, una hermosa intrigante sin escrúpulos. Es verdad que estos personajes representan las grandes tensiones que se enfrentaron por el poder imperial y que su simplificación psicológica obedece a un deseo de describir las terribles fuerzas que desangraron la política romana en esos años. Como decía, otros personajes secundarios presentan un carácter más complejo y cuentan una historia humana, alejada del poder o menos condicionada por este. Es el caso de la historia de amor entre los esclavos Lucia y Calidio, la primera, ama de cría de la hermana de Julia Domna, y el segundo, mayordomo de la casa de Septimio Severo. Sus vidas previas, con sus desgracias y dificultades, acaban confluyendo y uniéndolos en un enamoramiento lento, pero firme: Calidio ofrecerá todos sus ahorros para comprar a Lucia y poder vivir juntos, como esclavos, en casa del emperador. También la hermana de la emperatriz, Julia Maesa, y su esposo Alexiano, muestran aspectos de convivencia matrimonial como la complicidad, la ternura, la alegría del embarazo, el deseo de estar juntos... Por último, la figura de Aquilio Félix, jefe de lo que ahora consideraríamos una red de espionaje institucional, también sufre avatares distintos con su servicio de inteligencia, que lo ponen en situaciones delicadas. Todos ellos, junto a otros muchos, desempeñan el cometido de introducir al lector en variados aspectos de la vida cotidiana de una ciudad bulliciosa como Roma o en la organización política de un gran imperio, que sostenía su poder en la fuerza de las legiones para mantener las fronteras intactas y en la ingente mano de obra esclava, que garantizaba los suministros. Y esos aspectos están eficazmente descritos e insertados en la narración.

El autor pone en marcha su ficción con la ayuda de una figura intelectual importante en esa época, el médico Galeno, cuyos apuntes o notas personales constituyen, supuestamente, el relato de estos años. Como médico de la casa imperial, asiste a Cómodo, pero también a Julia Domna antes de convertirse en emperatriz, al asistir al parto de su hermana Julia Maesa. Hay otros momentos donde participa activamente, como en el intento de envenenamiento de Clodio Albino. Ello le permite, ficticiamente, estar cerca de los protagonistas de la Historia y ofrecer un punto de visto crítico o al menos personal sobre todo de la ambición desmedida de Julia Domna. También permite al autor introducir el sugestivo debate de la situación de la medicina en esa época y del interés de algunos científicos por el método de la autopsia como forma de averiguar la causa de la muerte, prohibida aún entonces.

El otro intelectual relevante, cuya obra sí es usada como fuente de documentación, es el escritor Dión Casio, cuya *Historia de Roma*, aunque parcialmente perdida, narra los dramáticos acontecimientos de esta contienda civil. El personaje representa la asustada y timorata clase senatorial, incapaz de imponer un candidato válido en una lucha de generales. Habría sido de desear que el apéndice final, donde el autor expresa algunas opiniones personales sobre Julia Domna, también hubiera sido el lugar donde contase su proceso de documentación y el modo en que ha usado las fuentes antiguas (a Dión, por ejemplo, y a algún otro, como la *Historia augusta* o a Suetonio) para la recreación de esta contienda, más allá de la larga lista de bibliografía de obras modernas, cuya utilidad en este tipo de ficciones históricas se antoja escasa.

Al final, el retrato que se hace el lector de Julia Domna es el de una mujer dura, ambiciosa, maquiavélica, poco magnánima, bella y seductora; es decir, el doble estereotipo de la mujer con poder a ojos de los hombres: o se masculiniza y usa las armas de los hombres (la guerra, la estrategia, el castigo) o se feminiza y entonces usa las armas de la seducción (algunas escenas de alcoba son de manual). En ambos casos se estigmatiza a la mujer poderosa, del mismo modo en que ya hacían las fuentes antiguas, como si ser ambiciosa fuera una calamidad en una mujer. Se echa en falta la otra imagen de Julia Domna, que las fuentes han transmitido, como estudiosa, lectora de filosofía, interesada por la ciencia, impulsora del embellecimiento de la ciudad, y también, ¿por qué no?, como impulsora de la moda de llevar peluca en su época.

Es de agradecer que Santiago Posteguillo se haya acercado a una mujer olvidada de la disciplina histórica y los historiadores, a pesar de sus muchos logros, y haya sacado del olvido y el silencio el empeño exitoso de una mujer extranjera, una advenediza, por hacerse con el poder imperial, no solo a través de su marido, el emperador, sino también mediante la ascensión de sus hijos, Caracalla y Geta, al lugar de césares o herederos del poder imperial. No solo quiso el poder, sino que pretendió que se perpetuara en el seno de su familia. Consiguió ambas cosas, ya que —y esto no se puede contar en la novela por motivos cronológicos— las dos hijas de su hermana Julia Maesa fueron madres de los dos últimos emperadores de la dinastía Severa: Heliogábalo y Alejandro Severo.

En conclusión, un estupendo libro de lectura relajada para largas tardes de ocio, que desvela las intrigas y el carácter ambicioso de una mujer poderosa, influyente y culta: Julia Domna.